

José Melgares Raya –Sacerdote–

JUAN HIGUERAS MALDONADO

Dentro de las variadas facetas de su amplia personalidad, sobresale un rasgo, un denominador común: su religiosidad, su piedad profunda y sincera, como sacerdote en todo y sobre todo. Prueba inequívoca de ello tal vez lo representen esas 28.449 Santas Misas por él celebradas desde aquel ya lejano 14 de junio del 1953, en que recibió su ordenación sacerdotal, en la pequeña capilla del obispado de Jaén, por el entonces ya nombrado arzobispo de Granada, pero todavía obispo administrador apostólico en su anterior diócesis de Jaén, don Rafael García y García de Castro. A no ser que mediase una fuerza muy, muy mayor, jamás dejaba de celebrar la Eucaristía, con su fervor habitual.

Sus primeras tareas sacerdotales se iniciaron en la Parroquia de S. Francisco de Asís, en Linares, a donde fue destinado, inmediatamente después de su ordenación sacerdotal. Poco duraron

aquí sus ansias apostólicas, ya que –a los pocos meses, en septiembre del 1953– lo nombran profesor y prefecto para la sección de los seminaristas retóricos, en nuestro Seminario Conciliar de la Inmaculada y S. Eufrasio de Jaén. Fue entonces cuando empecé a coincidir con él, pues al curso siguiente también a mí me nombraron profesor y prefecto para los seminaristas de humanidades, en nuestro Seminario.

Durante esta convivencia (¡tan distinta y distante de aquella otra en que ambos fuimos alumnos allí mismo!), pude ya apreciar y valorar sus muchas cualidades personales y sacerdotales: ante todo, su constancia en el trabajo y su piedad eucarística, junto a un carácter afable y servicial. Nunca se mostraba, ni se muestra ahora, remiso en prestar ayuda no ya sólo a sus amigos, sino a tantas y tantas otras personas que acuden ante él para lo espiritual o para lo humano.

Posteriormente fue designado director espiritual y profesor de religión en el Instituto Nacional de Enseñanza Media «Virgen del Carmen». De nuevo aquí, en el que cariñosamente continuamos llamando «nuestro Instituto», volví a coincidir con mi buen amigo de siempre; había venido yo como catedrático de Latín. Una vez más pude vivir su entrega constante, ilusionada y eficaz, no sólo como profesor de religión, sino en los sucesivos cargos de director, vicedirector, secretario y vicesecretario. Y siempre como sacerdote ejemplar. Tanto profesores del centro como alumnos sabían que (al margen de sus cargos) en él hallaban siempre al consejero y amigo, al hermano mayor. Fueron aquéllos nada menos que 38 años de servicio abnegado y constante, de una labor silenciosa pero eficaz en todos los aspectos, una verdadera y auténtica pastoral educativa. Aún recuerdo mi modesta participación en su labor apostólica, cuando (a petición suya) algunas mañanas, durante el recreo, celebrábamos la santa Misa, en la hermosa capilla del Instituto, ante un grupo voluntario de asistentes: profesores, alumnos y algunas otras personas piadosas. Muchas de ellas podrán –aún hoy– testimoniar y agradecer aquella su labor en lo material y en lo espiritual.

Dada su admirable capacidad de trabajo, por aquellas mismas fechas de los años 50-60, colaboraba en las tareas pastorales de la parroquia de Cristo Rey, en Jaén. Además fue nombrado capellán en el Sanatorio Médico-quirúrgico «Cristo Rey». ¡Menuda labor suya la realizada en esta parcela, en la cual todavía permanece imperturbable e incansablemente, pese a su actual limitación física! ¡Aún le veo y recuerdo entrando con su prudencia y afabilidad características en las habitaciones de enfermos: por supuesto, en la de mi padre y de mi hermana y en las de otros familiares míos, allí internados! Estas sus caritativas intervenciones sólo podremos valorarlas y agradecerlas desde una perspectiva trascendente.

En 1976, tras una brillante oposición libre, obtuvo la canonjía de Archivero Capitular y Diocesano. Una vez más, volvimos a encontrarnos en el mismo cabildo catedralicio, al cual también

yo pertenecía como canónigo. Su dedicación a este nuevo cargo (cuya Asociación de Amigos del Archivo Histórico Diocesano cofundó posteriormente) ha sido ejemplar por su desinteresada entrega, constancia y afán de servicio; así pueden atestiguarlo todos cuantos nos acercamos a investigar en esos fondos documentales. Por lo que a mí respecta, aún traigo a mi memoria su colaboración con el Seminario de Filología Latina. Era un grupo de alumnos míos universitarios del entonces Colegio Universitario «Santo Reino» (hoy Universidad de Jaén) para estudiar y catalogar el bulario catedralicio, además de los incunables y numerosos pergaminos latinos, conservados en cientos de cajas en las catorce salas del referido Archivo Histórico Diocesano. Toda esta importante y extensa documentación, él (con esmero y paciencia casi benedictina) la había ido distribuyendo y ordenando, con alguna ayuda de sus alumnos del Instituto, y también de otros varios colaboradores desinteresados. De su comprensión y profesionalidad mucho me cabe a mí asegurar en relación a las investigaciones mías personales sobre las Actas Capitulares de los siglos XVI al XVIII.

Su devoción eucarística se ha volcado (y aún continúa) en la Adoración Nocturna Española, como capellán de un turno en la parroquia de S. Ildefonso de Jaén; también en otro de adoradores honorarios giennenses, así como también capellán fundador del turno «Corpus Christi» de los adoradores en la catedral de Baeza. ¡Su tan querida catedral, que tanto y tanto le debe en lo material y en lo espiritual! No causa extrañeza, por eso, que su ciudad natal le otorgarse, en su día, el escudo de oro de la misma, la medalla de oro de la Agrupación Arciprestal de Cofradías y Hermandades de Baeza junto con el título de capellán de honor y cruz de oro de la cofradía de la Vera Cruz. Por último el Excmo. Ayuntamiento baezano, con la votación unánime de todos sus componentes, acordó dedicar y dedicó la antigua calle Pintada Alta como calle «Canónigo Melgares Raya», junto a su querida catedral.

Nuestro apreciado y admirado amigo era hijo de un modesto ferroviario de Baeza. De aquí que, debido a su celo apostólico hacia este colec-

tivo, fue el sacerdote consiliario fundador de la Hermandad Católica Ferroviaria de S. José Artesano y N^a S^a de Fátima. Dentro de esta misma línea pastoral ha trabajado como consiliario de los jóvenes y de los hombres de Acción Católica; igualmente consiliario diocesano del movimiento de Hermandades del Trabajo. También ha sido –durante 19 años– director espiritual y consiliario diocesano en algunas Cofradías y Hermandades, establecidas en la ciudad de Jaén y de

Baeza. En ellas y en todas cualesquiera de sus actividades, ya sean pastorales ya científicas (no olvidemos que es licenciado en Teología por la Universidad de Granada y doctor en Filosofía y Letras por la Complutense de Madrid, amén de consejero de número en el Instituto de Estudios Giennenses) siempre aflora predominante su perfil, su rasgo característico omnipresente: sacerdote humano, comprensivo, sencillo y servicial en todo y para todos.

